LA COLMENA

Comunicación Médico-Enfermo

Manuel Galindo Prieto
Médico

Cada día nos enfrentamos como profesionales a pacientes a los que hay que dar un diagnóstico, a tratar procesos que desgraciadamente en muchos casos van a requerir una gran dosis de paciencia al propio enfermo, bien por ser estos crónicos u oncológicos.

Hace días se creaba una asociación formada por dermatólogos, oncólogos, psicólogos y esteticistas, con objeto de ayudar al paciente a enfrentarse al deterioro que conllevan estos tratamientos, aceptando la nueva imagen, con una actitud hacia la enfermedad lo más positiva posible. Pero, ¿estamos los médicos y en general el personal sanitario preparados de alguna manera a guiar a los pacientes en estos casos?

El doctor Frankl, psiquiatra y escritor, solía preguntar a sus pacientes: ¿Por qué no se suicida usted? Y de las respuestas extraía una orientación para la psicoterapia a aplicar: a éste, lo que le ata a la vida son los hijos; al otro, una habilidad sin explotar; a un tercero, quizás, sólo unos cuantos recuerdos que merece la pena rescatar del olvido. Tejer estas tenues hebras de vidas rotas en una urdimbre firme, coherente, significativa y responsable es el objeto con que se enfrenta la logoterapia.

Logos es una palabra griega que equivale a 'sentido','significado' o 'propósito'. La logoterapia, o tercera escuela vienesa de psicoterapia, se centra en el significado de la existencia humana, así como en la búsqueda de dicho sentido por parte del hombre. La primera fuerza motivante del hombre es la lucha por encontrar un sentido a la propia vida.

Hay mucha sabiduría en Nietzsche cuando dice: "*Quien* tiene un por qué para vivir puede soportar casi cualquier *cómo*". Estas palabras son un motor válido para cualquier psicoterapia y deberíamos tenerlas 'in mente' cada vez que tratemos a pacientes con este tipo de patologías. Sabemos que enfrentarse al enfermo en actitud positiva con estos procesos, es importante en todos los aspectos, y es obligación nuestra contemplarlo no como un proceso, sino como una persona que tiene una vida tras ese proceso. Es cierto que no somos psicoterapeutas y podremos ahondar relativamente en este apoyo, pero somos médicos, y como tales tenemos la obligación o el deseo, según se quiera entender, de llevar al paciente una atención lo más integral posible dentro de nuestras posibilidades o conocimientos, ayudándoles a buscar su *por qué* como un componente más del proceso.

Dos impresiones para alimentar la ilusión

María del Carmen Sánchez Pérez
Enfermera

Hace veinticinco años estudié Enfermería con una intensa vocación, fundamentada en mi natural deseo de ayudar a los enfermos, de aliviar sus angustias, temores, dolores y sufrimientos, de ensanchar sus biografías, de hacer su felicidad más fácil, todo ello en un ámbito sentimental que tiene, claro está, una dirección centrífuga, porque parte de mí y va hacia otros.

Pero esta vocación no fue en mí nunca enteramente pura, porque estaba ligada, sin que mi carácter pudiera evitarlo, a un requisito indispensable: la esperanza de un posterior respeto y de un frugal reconocimiento, que tiene una dirección centrípeta, porque parte de los otros hacia mí, y que manifiesta mi condición secular de *mujer-mujer* y me aleja de la rara especie de *mujer-monja*.

Y en este caldo sentimental comencé a ejercer mi profesión, con bajadas de ilusión por la creciente falta de respeto y de reconocimiento -que otro día vendrá al caso analizar profundamente-, neutralizadas y compensadas cada vez con más dificultad por subidas de ilusión, cuya causa más importante es que todavía creo que mi contribución es muy importante, y otras que, cuando esto tan frecuentemente se me olvida, vienen a alimentar esa zona de mi interior que se encarga de recordármelo.

En este mes, dos han sido las afortunadas causas que han alimentado mi ilusión y me han refrescado la importancia de lo que hago; la primera, ver con trémula pasión y lágrimas retenidas la película 'Cuarta planta' y haber leído en el último número de 'Salud Extremadura' el artículo 'Algunas reflexiones propias y ajenas para compartir'.

En Navidad

Olga Díaz Pablos
Auxiliar Administrativo

En estas fechas navideñas en las que todos nos sentimos más felices y animados, fechas de regalos y comilonas, deberíamos parar un momento y hacer examen de conciencia. Nos daremos cuenta de que a pesar de nuestras quejas vivimos en un mundo que para muchos no existe, o no es más que una ilusión. Más que una celebración con trasfondo religioso, se ha convertido en una fiesta al dinero.

No pretendo arreglar el mundo, pero sí que miremos a nuestro alrededor. Hay personas que están viviendo fechas tristes cuando deberían sentirse queridas y valoradas, quizás algún familiar nuestro, un amigo... Los mayores son en muchas ocasiones los que más sufren en estas fechas y en esos momentos si no se sienten queridos o apoyados por los suyos; el trance se les hace muy difícil. Ellos nos criaron, creyeron en nosotros y en estas fechas deberían ocupar un puesto preferencial y no dejarlos a un lado.

Es época de alegría y regocijo, pero debe ser también época de reflexión y análisis. Que cada uno la disfrute como quiera, pero que nos ayude a mejorar. Que los fallos que cometimos el año pasado no los volvamos a cometer, que la intolerancia que demostramos a veces se suavice, que el orgullo no nos domine, que escuchemos más y discutamos menos.

Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo.

herida

Joaquín Gómez Ferreira. Enfermero

Ganas de fastidiar

Antonio Jiménez Matas
Médico

Había dormido mal. Se notaba algo raro, le dolía la cabeza. Cruzó, literalmente, una palabra con su mujer y al despedirse le invadió una sensación extraña.

Llegó al trabajo con la boca seca. La trifulca con el niñato del Clío rojo le hizo temblar. Respiró hondo, intentó relajarse, olvidar esas minucias... pero su sobresalto al oír el teléfono le hizo pensar que, quizá, se encontraba un tanto sensible.

La mañana resultó interminable, realmente angustiosa. Todo el mundo tenía prisa y gritaba. Refugiado en el lavabo, se mojó la cara. Observando el espejo recordó las palabras del psicólogo: "Distráete, haz deporte, pasea, no te dejes vencer".

¡Qué fácil resulta decirlo!

Entre negros presagios acabó la jornada y, deprisa, salió a la calle. Acelerado, por poco atropella a un peatón al saltarse el semáforo. Un policía le detuvo: "Son diez mil", le dijo, graciosillo. Tenía calor.

Segundos después el coche se detuvo humeante en plena avenida. Al abrir, la puerta desapareció con estrépito, arrancada de cuajo por algo rojo y veloz. Cuando pudo bajar, el niñato ya se acercaba peleón y a él, con la mente ya nublada, sólo se le ocurrió liarse a patadas con el Clío, hecho un energúmeno.

Era tal su estado que todos retrocedieron espantados mientras le oían blasfemar a voz en grito. El policía zumbón, pensando en los antidisturbios, avisó al 112. Los sanitarios, con toda razón, no se decidían.

En un descuido, un camionero logró reducirle, momento que aprovechó el médico para inyectarle, según él en vena, un tranquilizante.

En Urgencias dijeron que no podrían controlarlo si volvía con las mismas, así que le enviaron al ala psiquiátrica donde, finalmente agotado, quedó en observación.

Días después un médico explicó a la familia que se encontraba mejor de la crisis. "Entonces, ¿sabe si podré verle hoy?", preguntó su mujer. "Sí, pero traiga usted tabaco", respondió el psiquiatra.